

Del optimismo a la duda

El PRI visto por los norteamericanos

México y sus vicisitudes políticas han sido objeto de la curiosidad y estudio de un buen número de científicos sociales norteamericanos, sobre todo desde la Revolución de 1910. Varios de los primeros análisis sistemáticos y de fondo sobre esta fueron hechos justamente por norteamericanos, como lo confirman los trabajos de Clark, Simpson o Tannenbaum. En épocas más recientes, los profesores y los candidatos a doctorado de las universidades del país vecino nos han inundado materialmente con libros y tesis. Algún momento del decenio pasado, dio la impresión de que los estudios sociales sobre México eran un coto reservado a los norteamericanos; sólo en los últimos años la balanza se inclina a nuestro favor, y no porque su actividad haya disminuido, sino porque la nuestra ha aumentado. Sin embargo, a raíz de la importancia petrolera, vuelve el riesgo de vernos sobreanalizados por sociólogos, politólogos, economistas, etc., de allende el Bravo. Esto puede resultar irritante, pero sobre todo es un reto y como tal conviene asumirlo.

Uno de los fenómenos que llamó la atención de los estudiosos norteamericanos después de la Revolución, fue sin duda la estabilidad que el sistema mexicano mostró, en contraste con el resto de América Latina. Pieza clave de dicha estabilidad según la mayoría de ellos, es el partido oficial, el PRI; de ahí el gran interés por estudiarlo. Las líneas siguientes intentan mostrar los elementos centrales de esta visión así como sus vaivenes a través de alguno de sus exponentes más conocidos.

Había una vez un partido

La tónica de esa visión partió en gran medida con la obra de un profesor de ciencia política de la Universidad de Illinois, Robert E. Scott: *Mexican Government in Transition* (Urbana, Ill, 1959). Optimista irredento, para Scott el sistema político mexicano estaba inmerso en un acelerado proceso de transición que lo llevaría en un plazo relativamente corto, de la práctica política "no occidental", o sea tradicional, a otra, "occidental", muy similar en sustancia a la de estados capitalistas desarrollados. El trabajo de Scott analizaba los grupos de interés y partía del supuesto —muy común en los teóricos de la modernización— de que el desarrollo económico de México desde la Segunda Guerra Mun-



dial, al propiciar la proliferación, especialización y diferenciación de los grupos de interés, llevaría a disminuir el tradicional control de Presidente y del partido sobre la vida política del país. El Presidente —aseguraba Scott— ya no era la figura autocrática del pasado, sino básicamente un árbitro de los intereses en pugna dentro y fuera del partido. Más aún, era ya dentro de este donde ocurrían los principales procesos de interés y toma de decisiones. Para Scott, la presión de las bases en el PRI tendía a aumentar, y lo mismo sucedería con su participación en las decisiones. La tendencia a la democratización no se detenía ahí. La pluralidad de intereses y la relativa fuerza de los partidos de oposición en las ciudades —las regiones más modernas y "occidentalizadas" del país— podrían desembocar a mediano plazo en la formación de un verdadero sistema bipartidista y el hipotético partido de oposición estaba condenado a ser como el PRI: para competir con él, sería también multclasista y no ideológico. Fue así como Scott pronosticó para México, y a mediano plazo, un sistema de partidos similar al norteamericano, producto de su modernización económica. Entre más arraigo lograra el capitalismo moderno en México, más pronto quedaría atrás el autoritarismo ancestral, y más próximo el pluralismo liberal contemporáneo. Era la conclusión lógica de una visión optimista y funcional de la modernización.

México era un cromó

El triunfo de la Revolución Cubana y su radicalización aumentaron el interés norteamericano por México; de pronto, nuestro país se perfiló como la alternativa ante Cuba socialista. Al finalizar 1960, uno de los más influyentes "mexicanistas" en los círculos académicos norteamericanos, Howard Cline, concluyó un estudio que saldría a la luz tres años más tarde: *México, Revolution to Evolution* (New York, 1963).

En ese libro, Cline definió a México como una "democracia de partido único", sin

preocuparse mucho por la contradicción de los términos. Avaló la tesis de Scott en el sentido de que la centralidad y creciente complejidad y heterogeneidad interna del PRI, más el constante reacomodo de grupos en su interior, aunados al pragmatismo y habilidad de sus líderes políticos, daría una respuesta —al menos parcial— a todos los intereses agrupados dentro del partido, a su vez representativos del espectro sociopolítico nacional. La democracia, para Cline, residía precisamente en el complejo juego de intereses dentro del partido: en realidad, no era necesario insistir en un inevitable rompimiento interno y en el surgimiento de un sistema bipartidista o multipartidista. Para Cline, el monopolio político del partido oficial podía durar algún tiempo, pero ello no implicaba la inexistencia de una democracia pragmática y efectiva en su interior, y eso bastaba.

Las travesuras de Maquiavelo

En 1964 aparece la obra de Frank Brandeburg, *The Making of Modern México* (Nueva Jersey, 1964). El autor conoció a México no sólo como académico sino también como asesor de algunas empresas americanas con intereses en el país. Después de diez años de vivir en México, su objetivo fue interpretar a largo plazo las causas y efectos de la Revolución de 1910. No partió de ningún marco teórico elaborado y sí, en cambio, de muchas hipótesis producto de observaciones directas, del sentido común y la falta de inhibiciones. La obra apareció cuando el debate en Estados Unidos, relacionado a la lucha contra el socialismo en América Latina y el tercer mundo en general, llegó a su punto culminante. Era la época de oro de la "Alianza para el Progreso", y el entusiasmo del autor por el "modelo mexicano" fue, si se puede, mayor que los anteriores. Desde su perspectiva pragmática, las virtudes de la "familia revolucionaria" mexicana eran ejemplo no sólo para América Latina sino para todos los países en vías de desarrollo. Brandenburg no cayó en ningún tipo de ilusiones democráticas. El "maquiavelismo liberal" mexicano no tenía lugar para un verdadero juego de partidos. El autoritarismo estaba muy arraigado en la historia del país y esa realidad no se modificaría en un plazo previsible. Pero la élite política mexicana había combinado exitosamente su monopolio del poder con el respeto y la promoción de las libertades individuales, en un esfuerzo nacional por superar el subdesarrollo.

En cuanto al PRI, Brandenburg contradijo explícitamente a Scott y en cierta medida a Cline: la toma de decisiones no se hacía dentro del partido. Era privilegio exclusivo del pequeño *inner circle* de la "familia revolucionaria" (el presidente, los principales miembros del gabinete, algunos líderes regionales y obreros y las cabezas

de los grupos económicos más poderosos). Para el esquema brandemburgiano los líderes del partido ocupaban un segundo nivel de la escala del poder, y estaban claramente sometidos al escalón superior. El partido era sólo un instrumento para la ejecución de políticas; por ello el autor lo colocó en el tercer nivel, en compañía de las burocracias federal y local, del ejército y de los pequeños partidos de oposición. En este esquema, el PRI no tuvo ninguna posición privilegiada en la formulación de las decisiones: desempeñaba un papel modesto, aunque indispensable, en el ritual que legitimaba la acción de la "familia revolucionaria".

El regreso del hijo pródigo

La controversia quedó abierta. En 1966, salió a la luz un trabajo de Vicent Padgett, que restituía al partido oficial algo de su importancia perdida: *The Mexican Political System* (Boston, 1966).

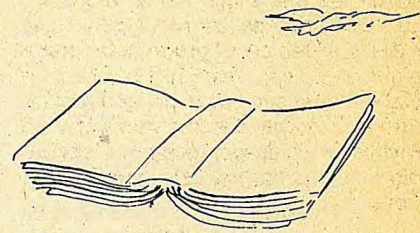
Para el profesor Padgett, lo singular del sistema político mexicano era su estabilidad. Y ello se explicaba básicamente por las características de la cultura política me-

xicana y por la legitimidad con que ésta revestía al sistema, por la existencia de un partido oficial dominante, por la capacidad de los grupos de interés como canales efectivos de expresión de demandas, por la existencia de un poder ejecutivo extraordinariamente fuerte y, finalmente, por las políticas de desarrollo que beneficiaban a la mayoría. Así, en la escala de Padgett el PRI volvió a un primer lugar, al lado del Presidente y los grupos de interés.

El análisis de Padgett, como el de Scott, se encuadró en un marco teórico funcionalista bastante claro. El partido no fue visto como simple apéndice del Ejecutivo, sino como elemento indispensable en la agregación de intereses, aunque supeditado a la dirección que dictaba el "círculo presidencial", centro indiscutible del sistema político. El PRI era instrumento agregador, canal de comunicación, mediador en los conflictos, promotor del consenso y legitimador del sistema a través de su función propagandista y electoral. Para Padgett, resultaba una pieza central del sistema, con ciertas posibilidades de aumentar su capacidad de acción autónoma en el futuro. En cualquier caso, el peculiar sistema mexicano era capaz, a un mismo tiempo, de dar estabilidad y promover el mejoramiento social de la mayoría sin coartar sus libertades individuales. Como los anteriores, Padgett veía el futuro con optimismo.

Dicen que soy transitorio

En 1971, Martin Needler, de la Universidad de Nuevo México, publicó un ensayo sobre sociedad y política en México (*Politics and Society in Mexico*, Albuquerque). Pese a las crisis sufridas por el sistema político, su análisis continuó la ortodoxia establecida, tanto por su enfoque del sistema en general como del partido en particular. México fue catalogado esta vez como un sistema de "partido único dominante". El partido desempeñaba un papel central en el control de los conflictos, minimizando las fricciones producidas por el cambio económico. A través de sus tres sectores, el PRI integraba a los principales intereses organizados del país; sus políticas eran resultado de la negociación y compromiso entre los dirigentes de esos sectores, los principales líderes políticos del país y los representantes del sector empresarial. Si bien este toma y daca incluía elementos de corrupción, ello era más o menos normal en un período transitorio hacia un sistema más ordenado y estable (esa fue la experiencia de Inglaterra en el siglo XVII y de los Estados Unidos al iniciarse el XIX). Needler apoyó la tesis de Scott sobre la naturaleza transitoria del sistema político mexicano. Cuando México lograra ser una sociedad democrática y desarrollada —o sea, la meta explícita del grupo gobernante— el PRI



desaparecería, y esto sería la medida de su éxito. Para Needler, las tesis de Scott de 1959 seguían siendo válidas en 1971.

The dream is over

Needler concluye un período benéfico y optimista de los académicos norteamericanos hacia el proceso político mexicano y su partido oficial. En ese mismo año se publicaron dos trabajos más, el de Rober D. Hansen (*The politics of mexican development*, Baltimore) y el de Kennet F. Johnson (*Mexican Democracy: a critical view*, Boston), que ponían en duda esa visión. Para entonces, y entre otras cosas, había desaparecido ya el temor norteamericano al surgimiento de una nueva Cuba en América Latina —por lo tanto era menos necesario ver en México un modelo alternativo— y había ocurrido el movimiento de 1968, que obligó a muchos académicos extranjeros a revisar su análisis político de México.

Esoterismo democrático

El estudio de Johnson es menos profesional y sistemático pero más crítico; tanto que la Secretaría de Gobernación le hizo abandonar el país. Para Johnson, discípulo de Padgett, México era una "democracia esotérica" y extraordinariamente corrupta en la cual todo estaba en venta. Basó su análisis en los grupos, pero no en los sectores, que dan cuerpo a los tres sectores del partido, sino en los informales, o sea, las *cliques* o camarillas en el partido o alrededor de algún personaje político central. La lucha sustantiva era precisamente la que se daba entre estas camarillas —que no necesariamente representaban los intereses de grupos mayoritarios— a las que unía otras de fuera. Según Johnson, el fracaso de Carlos Madrazo al frente del partido oficial y el movimiento de 1968, mostraron de manera muy clara que el PRI y su sistema ya no podía o quería cooptar a todos los actores y fuerzas políticas importantes, y por ello estaba siendo rebasado. 1968 puso también en claro que las agrupaciones

JOAQUIN MORTIZ



Octavio Paz

EL OGRO
FILANTROPICO

Historia y política
1971-1978

Segunda edición

En todas las librerías, o en
JOAQUIN MORTIZ
Tabasco 106, México 7, D.F.

políticas al margen del partido iban tomando fuerza. La razón principal del fortalecimiento de los disidentes era el incumplimiento sistemático de las metas de justicia social enarboladas por el grupo gobernante desde sus orígenes, y esto había erosionado notablemente sus bases de legitimidad. El futuro político del sistema mexicano no era envidiable y desde luego no era un ejemplo a seguir por los países en vías de desarrollo

De la revolución a la coalición

El análisis de Hansen, mucho más sistemático y académico que el de Johnson, no dejó de tener puntos de contacto con aquél. Hansen señaló que la distribución de los beneficios del desarrollo mexicano había sido tan desigual, si no peor, a la de otros países latinoamericanos de igual nivel o desarrollo, sin que esos países se preciaran de haber tenido una "revolución social". Lo significativo de la Revolución Mexicana, dijo este autor, no fue lograr algo importante en el plano de la "justicia social, sino haber creado las instituciones políticas que permitieron conjugar la modernización capitalista de su economía —ajena a la "justicia social"— con la estabilidad política; el partido oficial era la piedra de toque en esta sorprendente institucionalización.

Ante el poco éxito obtenido desde 1940 en el reparto de los beneficios de la Revolución al sector mayoritario del partido —los trabajadores rurales y urbanos—, Hansen definió al PRI como un mexicanismo a través del cual la coalición revolucionaria controla en su beneficio la economía política de México. La idea de Scott de que el PRI representaba e implementaba las demandas de sus sectores no era respaldada por los hechos —lo cual no le resta nada de su importancia.

Hansen tampoco encontró razón para suponer que el sistema político mexicano, dominado por la presencia apabullante del PRI, pudiera transformarse en una naturaleza democrática. Todo el proyecto económico conspiraba contra semejante posibilidad. El PRI tenía funciones manifiestas —las metas de la Revolución—, pero también otras latentes. Estas, las no democráticas, no distributivas y represivas, dominaron e impidieron alcanzar las metas manifiestas.

Tales características eran obvias de tiempo atrás para los análisis mexicanos; sólo hasta entonces los estudiosos norteamericanos les dieron importancia. Para Hansen, el PRI llegara a transformarse, esto se debería no a causas internas, sino al desconcierto de las clases medias urbanas o de los campesinos, es decir, a un rompimiento de la estabilidad. Y a pesar de 1968, Hansen dudaba de esta posibilidad y sus predicciones se inclinaban al lado opuesto. El gran "pragmatismo" de la élite política me-

xicana lograría que el sistema, incluyendo al partido, continuara más o menos como hasta la fecha: dominando a las mayorías en beneficio propio y de la élite agroindustrial.

Un pluralismo autoritariamente limitado

En 1974 apareció una obra de Eveyn Stevens sobre tres casos de protesta en México y sus implicaciones para el sistema en su conjunto. *Protest and Response in Mexico* (Cambridge, Massachusetts) analizaba el movimiento ferrocarrilero de 1958-59, el de los médicos de 1964-65 y el estudiantil de 1968. Siguiendo a Susan Kaufman, Stevens partió del supuesto de que el sistema mexicano era autoritario, según la definición usada por Juan Linz, o sea: la de un pluralismo estructuralmente limitado. La obra de Stevens fue notable no por su calidad —sus deficiencias eran muchas y notorias— sino por el enfoque del autoritarismo, que explica que el papel del PRI sea minimizado, que la represión sea magnificada y que no se vislumbren posibilidades de una democratización paulatina de la vida política, sino al contrario.

En realidad, Susan Kaufman Purcell fue la primera en emplear de manera sistemática el enfoque autoritario de Linz, en su tesis doctoral de 1970, publicada en 1975: *The Mexican Profit-Sharing Decision: Politics in an Authoritarian Regime* (Berkeley). Su objetivo era desentrañar el proceso de toma de decisiones en México a través del análisis de una medida del gobierno de López Mateos, el reparto de utilidades, y con la ayuda de la definición de Linz.

El partido republicano institucional

Por las características de este esquema —que centra la atención en la cúpula del poder— el partido oficial no fue considerado un elemento importante en la toma de decisiones ni en la agregación de intereses, aunque sí se valió su función de mediador de conflictos. La variable central del es-

quema Linz-Kaufman Purcell era la Presidencia; el partido —totalmente subordinado al Ejecutivo— resultó periférico. El PRI fue descrito parcialmente como una organización similar a la de los partidos norteamericanos en sus aspectos más negativos aunque inferior a estos en su capacidad de aglutinar cuadros dirigentes y organizar al electorado. En cualquier caso el partido oficial no sería vehículo de posibles transformaciones en la naturaleza autoritaria del sistema; naturaleza cuya variación, por lo demás, no era previsible en el futuro inmediato.

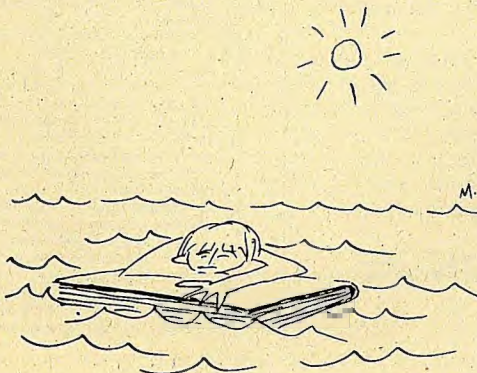
1968: el fin de la utopía

La visión norteamericana en torno al PRI ha sufrido transformaciones sustanciales. Desde fines de los cincuenta y todo el decenio de los sesentas fue dominada por estudios optimistas que le asignaron un papel central en la vida política de México, con Brandenburg como la excepción. La importancia del partido oficial estuvo unida a la insistencia en el carácter transitorio de los aspectos antidemocráticos. Desde esta perspectiva, la modernización de la economía mexicana, fenómeno que parecía innegable, llevaría tarde o temprano a grandes cambios sociales y culturales; por ello México accedería al reino de la democracia política.

La crisis de 1968 parece un determinante en el cambio de actitud de los académicos norteamericanos como lo fue para muchos mexicanos. Solo Needler se aferró al viejo esquema, pero sus tesis ya no tuvieron mayor influencia. Hansen, en cambio fue rápidamente traducido al español y leído en México con interés a pesar del uso desafortunado que hace de conceptos étnicos como el de mesticidad. Con su obra toma cuerpo una nueva corriente que subraya los aspectos autoritarios de la vida política mexicana, reconsidera el papel del PRI dentro del sistema en su conjunto, lo encuentra menos importante, y por último, desecha el optimismo respecto a la evolución política de México. Por el momento, afirman estos autores, en las cartas del destino político de los mexicanos no aparece la democracia.

La reforma petrolera

Esta visión corresponde al México anterior al auge petrolero. Cambios tan dramáticos como los que abre la decisión de volver a ser exportadores masivos de hidrocarburos y como la reforma política, no han sido asimilados aún por los académicos norteamericanos. Pero en una cosa no cabe duda: el interés de los analistas de allende el Bravo no decrecerá un ápice en el futuro inmediato, al contrario. Habrá visiones norteamericanas sobre México para un buen rato. El cuerpo académico del país vecino



hará todo lo posible por no repetir el trago amargo que pasaron con Irán. Tratarán de evitar sorpresas.

Cualquiera que sea nuestro destino político, podemos estar seguros de que habrá un norteamericano atento. Y mientras el PRI subsista —su presidente acaba de advertir a sus militantes que se preparen para enfrentar las condiciones del año 2000— ellos persistirán en desentrañar su “verdadera naturaleza”. ■

Lorenzo Meyer
